

*Biblia de la familia*. Barcelona, Edit. Planeta S. A. 4.ª ed., 1967, pp. XXVIII + 1.016 (A. T.) + 366 (N. T. y apéndices).

Ante esta edición de la S. E. en lengua castellana, quizá como en ninguna otra, se impone la distinción entre la labor de los traductores de ambos testamentos, la tarea del comentarista e introductor, y el cuidado y características de presentación.

1. *La traducción de los originales hebreos* ha sido realizada por Francisco Cantera Burgos, catedrático de hebreo en la Universidad de Madrid. Han participado como colaboradores Jesús Cantera, Antonio Peral, Fernando Díaz, Carmen Muñoz y José Luis Lacave. La traducción de los textos hebreos tenía como modelo la realizada anteriormente por Francisco Cantera, y ofrecida en sucesivas ediciones por la B. A. C. Esta traducción ha de valorarse en primer lugar por el esfuerzo realizado para acercar las expresiones castellanas al original hebreo. Ello obliga en principio a expresiones duras en castellano: "planta germinadora de simiente...", árboles frutales productores de fruto" (Gn 1,8) (otros ejemplos: Sl 3,2; 15,3.6 etc.). Tales inconvenientes han logrado evitarse sin embargo casi siempre en la presente edición. Así por ejemplo: Gn 1,4 antes traducía "estableció separación", ahora "separó"; Sl 2,8 decía antes: "y por tu posesión los pueblos de la tierra", ahora dice: "en posesión los pueblos de la tierra". Las constataciones de este tipo podrían multiplicarse fácilmente. Todavía pueden encontrarse, sin embargo, aquí y allá, expresiones un tanto forzadas: sirva de ejemplo: Sl 22,2, "en herbosas praderas háceme sestar, junto a aguas solazosas me conduce". Pero hay que reconocer que estas características dan a la traducción del profesor Cantera una fidelidad al texto original muy raras veces alcanzada en las versiones a lenguas modernas, al mismo tiempo que sitúa al lector mucho más cerca de la mentalidad y de la lengua hebrea veterotestamentaria.

Esta peculiar fidelidad al texto hebreo ofrece, por consecuencia, la garantía de poder ser utilizada no solo como lectura piadosa de la Biblia, sino como sólido instrumental científico a la hora de citar un pasaje bíblico o de interpretar una página difícil.

Un sencillo sistema de señales (p. XXVII) sobre las correcciones al texto masorético ofrecido por Kittel; adiciones aclaratorias o procedentes de otros testigos, omisiones, etc., hace que esta traducción presente también, desde este punto de vista, un carácter científico, y que el lector pueda sin gran esfuerzo, ponerse al corriente de las cuestiones más importantes de crítica textual del A. T. A veces, estas señales se explicitan en notas al pie de página (v. I Sam 10,1; Sl 2,11.12; Sl 15 etc.).

Algo parecido ocurre cuando caben diversas traducciones o acepciones de un texto, ya sea porque se presta a ello el término hebreo (v. Gn 4,7; 29,27; 49,14; Sl 7,1; I Sam 25, 22 etc.), ya por la comprensión que de él se ha tenido posteriormente (v. Is 7,14). Los ejemplos aducidos nos muestran que el criterio en la elección y traducción de los textos, parece ser la máxima fidelidad al original hebreo, si bien, no está ausente la intención de dar a conocer al lector el auténtico sentido y entendimiento del mismo, como lo muestran las notas, y más explícitamente, el último

ejemplo citado (Is 7,14), donde el término de los LXX —virgen— pasa al texto, y el original hebreo —doncella— a la nota.

Dentro del propósito de fidelidad al original hebreo, unida a la máxima claridad para el lector, entraría la tendencia que se observa en esta versión a mantener términos hebreos. En algunos casos creo que muy acertadamente, como por ejemplo en aquellas palabras o frases cuyo significado dará origen a un nombre propio. El término hebreo queda entonces transcrito entre paréntesis (v. Gn 4,1; 4,25; Ex 2,10... etc.). En otros casos, como en las denominaciones de Dios, el mantener los nombres de Elohim y Yaweh con tanta constancia puede ser discutible. Quizá se echa en falta una nota explicativa al respecto, ya en los primeros capítulos del Gen., así como en la aparición de El-Shaday (Gen 17,1) o en el uso de Adonay (v. Sl 2,4, donde si quería respetarse la modalidad de significado que nos ofrece el término hebreo, podía muy bien haberse traducido por "el Señor", como ya hacía el Dr. Cantera en la traducción antes mencionada).

Algo sorprendente en la presentación del A. T. es el continuar dividiendo los libros sencillamente en capítulos, colocando como titular el tema predominante de los mismos. Con ello se dificulta al lector la determinación de las diversas partes de los libros y de las unidades de sentido. Algunos ejemplos donde se hace más notable esta ausencia son: Gn 1-2 donde no se separan los dos relatos de la creación; el libro del Cantar de los Cantares, Job; la falta de determinación entre las partes del libro de Isaías, donde incluso llega a romperse la unidad del cuarto de los poemas del siervo de Yaweh (si bien, hay que decir que se determina la extensión de los mismos en una nota explicativa a Is 42,1-7).

*La traducción de los libros del Nuevo Testamento*, ha corrido a cargo de José Manuel Pabón Suárez de Urbina, con quien ha colaborado Antonio González Laso. Su traducción se ha realizado sobre la edición del N. T. griego del P. Bover, aceptando las variantes del texto que este acepta. En muy escaso número trae en notas las variantes del texto, si bien son las más significativas (v. Act 8,37; I Jn 5,7-8). Con todo se echa de menos la constatación de otras muchas variantes que podría ser provechosa, y sobre todo, seguiría la línea científica que presenta en este aspecto la traducción del A. T. (ej. Mc 1,1; Lc 22,19b-20; Jn 1,18.34; 3,15; 5,3 etc.). También hay que tener en cuenta que en una edición de la S. E. tal como la que presentamos, quizá no tenga gran interés el señalar tales variantes.

La traducción del griego se caracteriza a veces por la literalidad resultando, como antes en el A. T., expresiones algo forzados innecesariamente (v. Mac 1,39: "las sinagogas de ellos" en vez de "sus sinagogas"; Lc 22,20: "con mi sangre: la derramada..."; Mt. 22,36: "¿qué clase de mandamiento es grande en la ley?"; Jn 1,14: "Unigénito de la parte de su padre..." etc.). Otras veces la traducción elegida, siendo buena y común entre los traductores, no es la única posible, ni a veces la que más aclara el sentido del texto. Entonces podrían indicarse en nota otras posibilidades. Así es el caso de Mc 3,21: "pues decían que había perdido el juicio", siendo posible traducir "se decía...", o al menos, explicar en nota la dificultad que puede surgir al lector; Mc 4,21: "para

que mirando... no vean", puede tener también un sentido causal según algunos autores, o al menos, debiera haberse explicado su referencia al A. T.; Jn. 1,3; 1,9.13.15.16... etc. carecen también de explicaciones sobre posible traducción. Otros pasajes, en cambio, si las traen: (v. Mt 11,6; Jn 1,5 etc.). La traducción del verbo "egeneto" por "vinieron", (Jn 1,17), no refleja todo el sentido de la expresión griega.

El vocabulario empleado está en general bien seleccionado y es uniforme respecto a los mismos términos griegos. Podríamos aducir cantidad de ejemplos. Sin embargo, a veces encontramos traducciones distintas de un mismo término o giro griego que quizá estropea el conjunto de la traducción. Sirva como ejemplo el término "diazeeke"; traducido normalmente por Testamento (v. Mt 26,28; y parl.; Act 7,8; Rom 11,27 etc.), a veces aparece traducido por Alianza (v. Act 3,25; Rom 9,4); aunque no falta una nota explicativa (v. Mat. 26,28) sobre la identidad de significación, quizá fuese más claro aceptar en todos los casos "Alianza". Algo parecido ocurre con el término "anamnesis", que en Lc 22,19 aparece traducido por "recuerdo" y en I Cor. 11,24 por "conmemoración". Siendo ambos lugares paralelos, y el término, un término técnico, debería tenderse a la uniformidad. Igualmente el verbo "scandalizo", que, aunque contiene una significación muy amplia, cuando la expresión griega es la misma o son lugares paralelos debería mantenerse la misma significación (v. Mt 13,57 "lo despreciaban" y Mc 6,3 en cambio, "se llamaban a engaño sobre él"; v. Mt 11,6 y Lc 7,23). Aparte de estas pequeñas variaciones que pueden responder a un deseo de hacer el texto más claro al lector en cada pasaje concreto, hay que observar la gran similitud con que aparecen traducidos los textos paralelos (v. Mt 15,8-9 = Mc 7, 6-7; Mt 23,39 = Lc 11,35; Mt 26,30 = Mc 14,26 etc.), aunque a veces se den pequeñas e innecesarias variaciones de expresión (v. Mt 9,12 = Mc 2,17; Mt 10,24 = Lc 7,40 etc.).

Concluyendo, se puede afirmar que la traducción del N. T. es buena en general, si bien podrían cuidarse un poco más la redacción castellana, la explicación de algunas traducciones, y la uniformidad de los términos, especialmente en algunos pasajes paralelos.

2. *Las introducciones y notas* han sido elaboradas por el P. D. Justo Pérez de Urbel. Sin menospreciar su tarea quizá pueda decirse que es la parte más pobre de esta hermosa edición de la S. E., quizás porque la Editorial no ha dado a esta parte el espacio e importancia que merecía.

Las introducciones a los libros, cuando existen, colocadas a pie de página, se caracterizan por su extraordinaria brevedad. En ellas suele recogerse de manera concisa y tradicional lo más significativo de cada libro sobre su contenido, autor o fecha de composición. La excesiva brevedad hace que, a veces, falten orientaciones fundamentales para el buen entendimiento de los libros, vg. *Isaias, Romanos...* etc. Asimismo es de lamentar la ausencia de introducciones a algunos libros del A. T., y, sobre todo, a los Evangelios y Hechos de los Apóstoles. Cualquier lector puede hoy día formularse preguntas sobre el autor, tiempo de composición, valor histórico... etc. de los libros, especialmente del Génesis y de los Evangelios, que al menos deben ser orientadas si no ya resueltas.

Esta tarea tampoco queda suplida en *las notas*, que presentan un carácter muy diverso a lo largo de ambos testamentos. Bastante bien logradas las que se refieren a interpretación de los primeros capítulos del Génesis. Quizá falta la explicación de pasajes dobles como se hace en el relato del Diluvio (Gn. 7). En general las notas intentan, como corresponde a su papel, aclarar el significado de los términos difíciles (v. Ex 3,14: "yo soy el que soy" = existencia esencial), determinar los lugares, las fechas y la condición y costumbres de las gentes (v. Mt 3,2; 22,16: sobre los fariseos, saduceos, herodianos...).

A pesar de su abundancia, hay pasajes en los que se echan de menos, especialmente cuando el texto ofrece dificultades en cuanto a la interpretación (v. como un ejemplo Gn 4,1, que presenta dos formas distintas de civilización como contemporáneas, y no trae aclaración alguna), o en cuanto a su misma redacción (v. asimismo Jn. 14-15: "levantáos, vámonos de aquí"... y sigue el discurso; o Jn. 21 con una doble terminación... etc.). Igualmente serían de desear notas explicativas más amplias, en especial, en algunos pasajes mesiánicos del A. T. (v. II Sam 7; Is 11; Sl 2). Mejor logrados están en pasajes, mesiánicos también, como Gn 49,10; Is 7,14; Sl 110. Otros pasajes importantes también necesitarían una explicación mayor p. ej. el decálogo. (Ex. 20, Dt. 5). Sin duda por error de impresión, la nota a Dt. 5,8 no le corresponde; es más bien del cap. 6,8. Lo mismo habría que decir respecto a pasajes significativos del N. T. (Mt 16,18; 18,18; 26,28 y paral.; Jn 3; Ef 5, etc., agradecerían un mayor detenimiento en su explicación).

En la presentación del texto del N. T. sorprende la falta de consignación de lugares paralelos. Aunque para una lectura continuada de la S. E. no sean tales citaciones imprescindibles, no cabe duda que pueden ser de gran ayuda para familiarizarse con el Evangelio.

3. Todavía hemos de detenernos en los *adornos y cualidades de presentación*, entre los que sobresale una magnífica colección de ilustraciones en color, 49 en total: 19 con temas del A. T. y 30 con temas del N. T. Todas ellas de alto valor artístico, como indican los nombres de los pintores a los que pertenecen: Fray Angélico, Nicolás Poussin, Rembrandt, Roger van der Weiden... etc. Cada una de estas láminas está comentada en uno de los apéndices.

De gran utilidad para el lector pueden ser los apéndices relativos a los mapas, 7 en total, donde se encuentran breves, pero interesantes reseñas histórico-geográficas de los distintos períodos de la historia, en conexión con la historia sagrada. Lo mismo habría que decir de los relativos a la cronología, tanto del A. T. como del N. T., y de otros.

Se podría afirmar, para concluir, que nos encontramos ante una espléndida y lujosa edición de la Sagrada Escritura en castellano, cuyo valor mas significativo puede ser la misma versión al español directamente de los textos originales, encuadrada en una hermosa edición y presentación.

GONZALO ARANDA